

MASONERÍA Y POLÍTICA: UNA NUEVA CARA DEL MITO MASONERÍA-REVOLUCIÓN. ¿LA MASONERÍA TIENE UNA IDEOLOGÍA Y «HACE POLÍTICA»? ¿LOS POLÍTICOS FUERON Y SON TALES PORQUE FUERON MASONES Y LOS MASONES SIEMPRE FUERON HOMBRES QUE TOMARON PARTIDO O FUERON DE PARTIDO?

Masonry and Politics: Is Masonry Revolutionary?

Aldo ALESSANDRO MOLA
Universidad de Milán

Fecha de aceptación definitiva: enero 2006

RESUMEN: ¿La Masonería es depositaria de una doctrina política y de un programa político? Hubo un tiempo en que «política» significaba educación, gobierno de la *polis*, es decir, de los ciudadanos (que para ser titulares de derechos y de deberes debían ser necesariamente cultos). Ahora, en la edad del universalismo, por política se entiende la administración de las necesidades. ¿Cuál es el papel de la Masonería ante el hombre secularizado?

A la Masonería se le han atribuido objetivos partidistas: la lucha contra el poder del clero y las doctrinas religiosas, contra la monarquía (pero esto no es válido para las organizaciones masónicas de Gran Bretaña, Países Bajos, Bélgica, Grecia y, en muchos épocas, también para Italia, España, incluso Francia, donde la Masonería fue borbónica y bonapartista), el militarismo (aunque muchos oficiales y suboficiales fueron masones...)

La comprobación de la autenticidad de los objetivos de las organizaciones masónicas se puede llevar a cabo analizando si algunos masones famosos eran

sólo famosos o eran además masones. Sirvan como ejemplo Azaña, Voltaire, Cavour, Mazzini, Garibaldi ... Ya que no es religión, la Masonería no es política *politicienne*, ni una revolución permanente.

La elección entre «educación» y «administración de las necesidades».

Palabras clave: Política, Naciones/Nacionalismo, *Risorgimento* y Unificación italiana, Masonería e Ilustración, Masonería y Revolución, Educación y Tolerancia, Programa de partido = administración de las necesidades.

ABSTRACT: Is masonry the repository of a political doctrine and a political programme? There was a time when politics meant education, government of the *polis*, i. e. of the citizens (who, to have rights and duties, must necessarily be educated). Now, in the age of universalism, by politics we understand the administration of needs. What is the role of masonry in the face of secularized man?

Masonry has been attributed with partisan objectives: the struggle against the power of the clergy and religious doctrine, against the monarchy (although this is not true for Great Britain, Holland, Belgium, Greece and often not true for Italy, Spain and even France, where masonry was pro-Bourbon and pro-Napoleon). Against militarism (although many officers and non-commissioned officers were masons...)

The authenticity of the objectives of masonic organizations can be verified by analysing whether certain famous masons were only famous or were actually masons as well. As examples of these we have Azaña, Voltaire, Cavour, Mazzini, Garibaldi, etc. Since it is not a religion, masonry is not *politicienne* politics, nor a permanent revolution.

The choice between «education» and «administrations of needs».

Keywords: Politics, Nations/Nationalism, *Risorgimento* and Italian Unification, Masonry and the Enlightenment, Masonry and Revolution, Education and Tolerance party programme = administration of needs.

1. PREMISA. CUESTIONES DE MÉTODO: EL VERDADERO HISTORIADOR NO TIENE SENTIMIENTOS

Antes de nada recordemos que el historiador se ocupa del pasado, de acontecimientos que pueden ser investigados, explicados e interpretados de distintas maneras pero que en sí mismos son inmodificables. A diferencia de los políticos militantes y de los ideólogos, que subordinan el pasado a sus doctrinas y pretenden que el pasado responda a sus concepciones del presente, el historiador no pierde el tiempo afirmando lo que, en su opinión, los hombres habrían tenido que hacer para agradarle o para conservar la coherencia con los principios en los que declaraban inspirarse. Los muertos tienen pocas ventajas. Sin embargo hay que reconocerles una. Han hecho lo que han hecho y nadie, ni siquiera el más

fanático apóstol vivo de ideologías políticas o de confesiones político-religiosas, puede pretender que hagan ya otra cosa. Nadie es capaz de conseguir que los muertos se vuelvan a incorporar a sus antiguas ocupaciones para dar satisfacción a los vivos. A pesar de todo, muchos vivos intentan hacer salir a Lázaro del sepulcro prestándole sus puntos de vista sobre el pasado y exigiendo a los muertos que les den la razón en sus prejuicios de hoy. Es una acción equivocada, científicamente ilegítima, pero está muy extendida. También forma parte de la historia, es historia. Pero historia actual, contemporánea. La relación entre el historiador y el ámbito de sus investigaciones, el objeto de su estudio, resulta por tanto muy complejo, repleto de trampas y contradicciones, casi todas y casi siempre originadas por un error de método: la pretensión de que el pasado le dé la razón. En nuestra opinión, el historiador no debe pretender «tener razón», debe ejercer la razón. Debe atenerse a los hechos, reconstruir exactamente su contexto, con los documentos en la mano.

En segundo lugar, el historiador no tiene que dar consejos sobre la conducta que deban tener los hombres en el futuro. Esta también es una finalidad que debe quedar al margen de su único y verdadero «oficio»: conocer y explicar el pasado. El historiador es un especialista, un científico. A diferencia de otros profesionales (el político militante, el sindicalista, el pastor de almas, el profeta, el vendedor-pregonero...), que utilizan su saber para modificar lo ya existente y orientar el futuro, el historiador sabe que debe detenerse ante el débil pero profundísimo *limes* que separa el pasado del presente y del futuro. El historiador se limita a documentarse concienzudamente para explicar qué ha sucedido y por qué los hechos, de entre todas las evoluciones posibles, tomaron precisamente la que emerge de los documentos. En ese punto termina su cometido. Para desarrollar correctamente su trabajo, el historiador se despoja de todo «sentimiento». No toma partido por nadie. La única pasión que se le debe consentir es hacia los muertos, con los cuales él se debe identificar para llegar a conocerlos, a explicarlos y para hacer revivir su voz. Sólo de este modo el historiador puede ser un hombre libre. Como no le es útil a nadie también corre el riesgo de no serle útil a nadie de entre los vivos, de ser del todo inútil excepto a los únicos seres que a su vez son verdaderamente libres: los muertos.

2. MASONERÍA-POLÍTICA: ¿UN VÍNCULO NECESARIO?

Esta premisa de método es absolutamente necesaria cuando nos ocupamos de Masonería y política: un tema que ya desde el título indica la clamorosa contradicción entre lo que se piensa que debería ser la Masonería y debe serlo en la actualidad y lo que, por el contrario, ha sido y es en muchos casos.

Los más conocidos catálogos bibliográficos, los diccionarios enciclopédicos y las historias de la Francmasonería incluyen secciones sobre las relaciones entre Masonería y política. La segunda edición recientemente publicada de *Bibliografía de la Masonería* de José A. Ferrer Benimeli y Susana Cuartero Escobés dedica

varios capítulos a tal vínculo: desde el complot masónico-revolucionario a la influencia socio-política de la Masonería, desde socialismo y Masonería hasta masonería y militares... En los tomos de actualización los coordinadores han añadido extensos párrafos sobre Napoleón y la Masonería imperial o bonapartista, sobre Franco y la Masonería, sobre la antimasonería en general y sobre el anticlericalismo y otros que tienen que ver con el papel político (verdadero o supuesto) que desempeñó la Orden del Gran Arquitecto del Universo a lo largo del tiempo y en distintos países. En *La Masonería* (Madrid: Alianza Editorial, 2005, 2ª ed.) Ferrer Benimeli repite que «la masonería no es una religión», sino que es una «sociedad iniciática» y por tanto rechaza, como falsas, disgregadoras y contrarias a los estatutos originarios, las organizaciones masónicas anticlericales, irreligiosas, ateas. Sin embargo acepta como un hecho probado la existencia de dos masonerías: la «anglosajona» (vinculada a las Constituciones de Anderson de 1723) y la «latina», comprometida con la lucha política, con las revoluciones y con los movimientos (incluso armados) para la independencia. Aún así tenemos que preguntarnos sobre los contenidos del liberalismo del siglo XIX. ¿Qué supuso la lucha por la independencia de la América centro-meridional de Madrid y de Lisboa? ¿Una lucha nacional? ¿Pero existía quizá una nación argentina, una peruana, una brasileña, una colombiana, una mejicana...? ¿Y Simón Bolívar representaba una de aquellas naciones o la suma de todas ellas o era la *longa manus* de Gran Bretaña al igual que en Italia fueron Giuseppe Garibaldi y Giuseppe Mazzini? El problema nacional es ajeno al horizonte cultural de Bolívar, Miranda, San Martín. No se planteó porque no se podía plantear. Para aquellos *libertadores* la libertad no incumbía a las poblaciones precolombinas, del mismo modo que a los habitantes de Nueva Inglaterra en guerra contra Londres no les importaba para nada 'liberar' a los pieles rojas, que de hecho fueron sistemáticamente exterminados. Además hay que tener presente que la diferencia y el contraste entre dos masonerías (la inglesa y la latina) no se reduce sólo al terreno religioso sino que afecta precisamente al político, con una maraña de contradicciones sobre las que regresaremos. Pero ya desde este momento hay que decir que no se puede admitir que existan 'legítimamente' masonerías orientadas de modo distinto en el plano político (o dos políticas de la Masonería) y negar que pueda haber dos distintas y contrarias en el plano religioso. Simplemente tenemos que aceptar que las masonerías —o los masones— han sido como efectivamente fueron: proclives a cambiar las cartas en la mesa, declarando ciertos programas pero realizando otros, en ocasiones completamente distintos. Si no fuera así, tendríamos una única Franc-masonería en vez de centenares de belicosas Obediencias o Asociaciones, cada una de las cuales declara fraternamente falsas y excomulga a las otras.

La conexión entre Masonería y política está muy presente también en la *Nuova enciclopedia massonica* coordinada por Michele Moramarco, con apartados sobre *Masonería y sociedad*, y *masonería y doctrinas políticas*. La *Encyclopédie de la Franc-Maçonnerie* dirigida por Eric Saunier (Paris, 2000) no tiene una sección sobre la política: sólo porque al coordinador no le ha parecido necesario introducirlo en una obra en cuyo ámbito las relaciones (verdaderas o supuestas,

inevitables o imaginarias) entre masonería, instituciones estatales y militancia político-partidista están presentes casi en cada página. Lo mismo se puede decir del clásico *Dictionnaire* de Daniel Ligou, en el que figuran las secciones *Démocratie* y *Politique*, con las siglas R. L. (Robert Larmet NdT).

Este último autor ofrece un sintético mapa de las posibles conexiones entre masonería y «política», ya sea cuando el término se usa como adjetivo (todo aquello que concierne a la política, quien se dedica a la política, quien cumple los requisitos para poder dedicarse, los que en el siglo XVI, en Francia, hicieron que triunfara la razón de Estado, todos los que se diferencian de los demás por sus concepciones políticas), ya sea cuando el término se entiende como sustantivo, es decir, «les affaires de la cité, l'art de les comprendre et de les conduire». El autor de la «voz *Politique*» afirma que

el masón puede dedicarse a la política, puede ser un hombre político. Tiene que informarse, participar. Es su obligación de ciudadano. Pero también debe depositar los Metales en la puerta del Templo, o lo que es lo mismo, no consentir que la política interfiera en las relaciones entre los Hermanos; que surjan desacuerdos entre ellos o entre las Logias.

Los masones no deben estar subordinados (allégeance) en sus relaciones con un partido político. La única política (NdA) se define en los artículos fundamentales de la Constitución de la Orden masónica (NdA): solidaridad, tolerancia, «croyence du progrès». Según el mismo autor, más compleja aún es la relación entre Masonería y democracia: y de hecho, por un lado esto afecta a la identificación entre la Orden y «el gobierno del pueblo», o lo que es lo mismo «ejercido por el pueblo»; por otro, la democratización de la organización interna de las Obediencias masónicas. Esta última no la podemos dar por descontada en absoluto, ya que hubo y existen sistemas y Órdenes masónicas cuyos vértices ejercieron «poderes monárquicos», más aún, *imperiales* y *teocráticos*. En el *Dictionnaire* de Ligou mientras el Gran Oriente (de Francia) se presenta como modelo «de la organización democrática de la Masonería», la democracia interna se puede limitar por los Capítulos de los Altos Grados y especialmente por los Supremos Consejos de 33º grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, ya que «en théorie», según las grandes Constituciones y los actos del Convento de Lausana, el Supremo Consejo tiene poder dogmático sobre las logias que le están sometidas, pero puede conceder poder administrativo sobre las mismas logias a una Gran Logia, «ce qui ne va pas sans difficultés».

Como introducción debemos observar que la conexión entre Masonería y política se puede afrontar desde diferentes perspectivas. Una, la más obvia, consiste en descubrir cómo y cuándo las organizaciones masónicas han intervenido en el terreno de la política *politicienne* (partidos, poder público, formulación de leyes y su administración...) y lo han hecho en cuanto tales, es decir, con documentos e iniciativas de sus dirigentes en la vida política internacional o de cada país. Otra perspectiva se resume verificando el proceso vivido dentro de cada logia y Obediencias en vista de la adquisición de responsabilidades propiamente

políticas (internacionales o en el ámbito de un Estado). Este segundo estudio nos lleva a entender el concepto que cada iniciado tuvo (y tiene) de la masonería en sí y de la asociación masónica a la que pertenecía, poniendo en evidencia contrastes entre afiliados, precisamente en lo que se refiere al vínculo (necesario según unos, meramente casual e incluso inexistente según otros) entre Obediencias, logias, afiliados individuales y política. Si se observan los hechos sin preconceptos ideológicos se constata que en muchos casos, acciones atribuidas a la masonería o, para ser más exactos, a determinadas Obediencias masónicas son en realidad expresión exclusiva de afiliados, que se comprometieron o se comprometen *uti singuli* y por su cargo de militantes políticos, sin aval preventivo de ningún poder masónico ni una referencia específica o vinculante a un supuesto «código» o «doctrina» de la Masonería.

Otra posible perspectiva de investigación y de explicación nos la ofrece la biografía de los masones, muchos de los cuales, a lo largo del tiempo y en los distintos países, tuvieron un papel relevante en la vida pública, en la militancia política o en la elaboración de doctrinas políticas. En este último caso es necesario evidentemente distinguir entre las acciones de cada personaje en cuanto hombres políticos y las que han llevado a cabo *en cuanto masones*, es decir, en su nombre (esto es, por encargo, con explícito o al menos implícito mandato de poderes capacitados para definir una acción como propiamente masónica).

Sin embargo tal distinción no es nada fácil. En muchos casos se corre el riesgo de ser totalmente artificial. Esta necesaria matización se suma a la cautela, muchas veces olvidada, a la que los estudiosos de historia de la masonería deberían atenerse: no otorgar valor retroactivo a la iniciación, como si la entrada en la Logia constituyera la meta de un recorrido biográfico necesario, un objetivo final que no sólo determina *toda* la acción futura sino que la ilumina y explica el pasado, unificándolo todo en un *continuum*. Según esta interpretación, el masón no sería solo *semel abbas semper abbas* (es decir, masón desde el momento de su iniciación o, con más moderación, desde su entrada en la logia) sino que sería *abbas* desde siempre: masón «de vocación» o «de deseo», ya desde su nacimiento.

La duda sobre el alcance masónico de la conducta del masón en la logia y en el mundo profano plantea en realidad muchas otras preguntas. Como esta, por ejemplo: ¿Sus actos quizás deben ser entendidos como expresión de su sentimiento masónico incluso después de su eventual inactividad o incluso después de su expulsión del Taller y de la quema de su nombre «entre las columnas»? Esto sería como decir que un sacerdote es expresión de la iglesia a la que pertenece incluso después de haber colgado los hábitos o que no existe una diferencia real entre el hereje y quien lo condena, ya que ambos representan integralmente a la institución.

Tales cautelas metodológicas no se pueden olvidar para no identificar a la Masonería con la biografía de personajes políticos que, en alguna ocasión, protagonizaron una aparición fugaz o que tuvieron una concepción muy alejada de las condiciones mínimas indicadas por las Constituciones de Anderson, y por cada una de las Obediencias nacionales (dejando claro que cada país posee más de

una sola Masonería sedicente soberana en todo el territorio del Estado y en algunos casos —Italia está entre ellos— las organizaciones así llamadas masónicas son varias decenas.

3. ALGUNOS EJEMPLOS: MANUEL AZAÑA Y VOLTAIRE: ¿AUTÉNTICOS O FALSOS INICIADOS?

Unos ejemplos mínimos nos permitirán entender mejor nuestras preocupaciones de método. Como ya se ha comentado en muchas ocasiones, Manuel Azaña y Díaz (Alcalá de Henares, 1880 – Montauban, 1940), fundador de Izquierda Republicana y varias veces presidente del gobierno español durante la Segunda República, se inició en la masonería en una logia de la capital española. Me parece que nunca más volvió a pisarla. Fue masón solo durante un día. ¿Es legítimo sostener que su acción política antes y después de su fugaz comparecencia entre las columnas se deba explicar como expresión de la masonería o incluso se deba deducir que la Segunda República, al menos durante sus gobiernos, tuvo influencia masónica? No hay duda de que Azaña ha compartido muchos puntos del programa de la masonería española de su tiempo, al igual que algunos ministros que, a diferencia de él, asistieron con asiduidad a los templos masónicos. Sin embargo, esos mismos principios y programas eran compartidos también por otros muchos parlamentarios y militantes republicanos que no cruzaron jamás el umbral de los templos. Ni consta que el presidente cambiara de conducta después de esa iniciación, que ha quedado como un episodio aislado en su trayectoria político-cultural.

Otra celebérrima iniciación suscita una perplejidad idéntica para quien quiera estudiar la historia de la masonería sin caer en la tentación de deducir el todo de una parte, a veces de una parte muy pequeña. Nos referimos a la de Jean-Marie Arouet, conocido como Voltaire (París, 1694-1778). Es comprensible que los masones reivindicaran como una gloria para sí mismos su ingreso en la logia *Neuf Soeurs* el 7 de abril de 1778, es decir, apenas dos meses antes de su muerte (30 de mayo). Sin embargo hay que recordar que Voltaire no fue recibido como masón según el ritual acostumbrado. Se le eximió de cualquier «prueba», incluida la venda en los ojos a la entrada al templo. Los hermanos temían que expresara juicios sarcásticos sobre los rituales que ellos solían practicar con tanta seriedad. Los masones de la logia parisina usaron con Voltaire un compromiso, como ya había hecho el papa Benedicto XIV, cuando el filósofo le pidió ser eximido de la cotidiana celebración de la misa porque... padecía acidez de estómago. La ceremonia fúnebre celebrada en su honor el 18 de noviembre siguiente suscitó una enorme contrariedad en el Gran Oriente de Francia, que a la primera ocasión (una ceremonia de adopción, el 11 de marzo de 1779) despojó de autoridad la *Neuf Soeurs*, levantando todo ello protestas en su apoyo. Por tanto, ¿podemos decir que Voltaire fue efectivamente masón? ¿Se puede afirmar una sintonía entre Voltaire y de la masonería o que su política sea la revelación de una subterránea política de la Francmasonería? Afirmarlo ni siquiera sería una novedad. Lo

dijo ya Augustin Barruel. Pero esto no aumenta la veracidad de la afirmación. Precisamente para poder remediar este modesto perfil de su ingreso en la logia, aquel 7 de abril de 1778, algunos autores sostuvieron que Voltaire contaba con una especie de iniciación implícita en sus obras o en sus batallas a favor de la tolerancia: opinión sin embargo negada por otros, que no olvidan el artículo *Initiation*, nada benévolo con la Orden del Gran Arquitecto del Universo, escrito por Voltaire para el *Dictionnaire philosophique*. Otros se han inclinado por sostener que Voltaire habría tenido una iniciación secreta mucho tiempo antes que la «oficial». Ligou ha dado por cerrada esta discusión recordando que no se posee ningún documento que confirme una supuesta iniciación anterior a la ceremonia ritual incompleta del 7 de abril. Pero incluso si se quisiera considerar regular (lo que no es), el recibimiento informal en la «Neuf Soeurs» ¿sería suficiente para atribuir valor masónico retrospectivo a toda la producción literaria y a las batallas civiles del célebre *philosophe*? Como en el caso de Azaña, no hay duda de que la masonería (y no solo en Francia) ha considerado a Voltaire «uno de los suyos» incluso sin que él formara orgánicamente parte, dada la objetiva convergencia de muchas de sus posiciones públicas y las de una parte de los masones de su época. Sin embargo, forzosamente debemos resignarnos a constatar la distancia insalvable entre el pensador y la iniciación, que constituye el mínimo común denominador de la Masonería. Por tanto resulta imposible, a no ser forzando la realidad histórica, identificar la Masonería con el pensamiento político de Voltaire y hacer de éste una especie de profeta o líder del pensamiento masónico verdadero. Pero pese a todo, esto es lo que sucede habitualmente, en perjuicio de la verdad de los hechos y de la correcta interpretación del nexo entre la Institución y la política.

4. TRES CASOS ITALIANOS: CAVOUR, QUE NUNCA FUE MASÓN; MAZZINI, QUE FUE «MAZZINIANO», Y GARIBALDI, MASÓN... SIN MASONERÍA

Los ejemplos pueden continuar con tres casos que conciernen a la masonería italiana en el periodo, de importancia histórica fundamental, de la unificación italiana.

L. (éo) C. (ampion) en el *Dictionnaire* dirigido por Ligou afirma categóricamente que Camillo Cavour (Turín, 1810-1861) «fue masón» y añade que se interesó por la masonería piamontesa con la finalidad de apartarla de la influencia francesa y para no verla caer en manos de los mazzinianos. Cavour (sostiene Campion) «quiso reunir a las distintas asociaciones patrióticas y a las sociedades secretas en una única Sociedad Nacional fundada por Giuseppe La Farina, dirigida por Giorgio Pallavicino y Giuseppe Garibaldi, pero obtuvo un relativo fracaso». En realidad no existe ninguna prueba de que Cavour fuera masón. Hasta que no se demuestre lo contrario, nunca fue masón. Y efectivamente Cavour no aparece en la *Encyclopédie* dirigida por Saunier.

En 1858 en Plombières, Cavour acordó con Napoleón III el apoyo del Imperio francés al Reino de Cerdeña en el caso de que este reino fuera agredido por el Imperio austríaco. A cambio de la ayuda francesa, Cavour le aseguró que Vittorio Emanuele II cedería a Francia Saboya (francófona) y la comarca de Niza (italófona, patria de Garibaldi) y daría a su hija Clotilde, de dieciseis años, como esposa al notoriamente depravado Gerolamo Napoleone, «Plon Plon». ¿Un plan masónico? Si fuera así, los masones deberían avergonzarse. Al mercado de los pueblos se añadiría la trata de una hija del rey. Después de un par de victorias obtenidas con un alto precio de vidas, Napoleón III estipuló con Austria el armisticio de Villafranca (julio de 1859), informando al rey de Cerdeña sólo cuando ya todo hubo terminado. Dado que no había sido informado, Cavour dimitió después de una violenta discusión con el rey. Ante la reanudación de la iniciativa diplomático-militar para anexionarse los Ducados padanos y las Legaciones pontificias en Emilia y Romaña, el conde Livio Zambecari ofreció a La Farina una «legión sacra» de base masónica. El presidente de la Sociedad Nacional explicó la propuesta a Cavour en una carta publicada en su *Epistolario*, con la edición de Carlo Pischetta. El presidente anotó de su puño: «No es necesario». Ese es el único documento que existe sobre la relación entre Cavour y los masones que se movían a la sombra de la Sociedad Nacional (La Farina, Zambecari...). Un 'no' seco y decidido.

Se ha hablado mucho, sin ningún documento que pueda probarlo, de una posible iniciación masónica de Cavour, quizás en Suiza. Varios autores, sobre todo católicos neointegristas, han afirmado recientemente que la obra política de Cavour estuvo completamente inspirada y dirigida por la Masonería, empeñada en destruir los antiguos privilegios del clero para impedir a la Iglesia católica ser un pilar para un posible regreso del absolutismo monárquico, debilitar su influencia sobre la sociedad civil, suprimir el artículo 1 del estatuto, según el cual la religión católica apostólica romana era la única religión del Estado. Según estos autores, Cavour aspiraba a aniquilar el poder temporal de los Papas, como ya habían hecho la República romana de 1798, Napoleón I en 1808 y los constituyentes de la República romana en febrero de 1849. Y aún más, afirman que Cavour era enemigo declarado de la Iglesia y deseaba un acercamiento a los protestantes y a los hebreos. Todos estos escritores confunden laicismo con anticlericalismo, tolerancia de las minorías con identificación con las minorías. Según estos autores, Cavour dejó de ser católico y se convirtió en ...valdés, anglicano, luterano, judío..., siempre bajo la influencia de la masonería.

Son tonterías. En realidad, la abolición del foro eclesiástico (es decir, del tribunal independiente para el clero, incluso cuando eran culpables de delitos comunes), la apropiación por parte del Estado de los bienes de las congregaciones religiosas «contemplativas» y todas las demás medidas llevadas a cabo en el reino de Cerdeña entre 1850 y 1855 no respondían en absoluto a un plan masónico, sino a elementales necesidades de reorganización del Estado, además de las necesidades de recaudación del reino de Cerdeña, volcado en su afán de recuperarse de la derrota sufrida en la primera guerra contra Austria (1848-49) y para

afrontar la gravosa participación en la guerra de Crimea al lado de Gran Bretaña, Francia y el Imperio otomano contra el Imperio ruso.

Se llegó a afirmar que si no hubiera muerto repentinamente (envenenado según algunos autores proclives a entrever los más oscuros complots detrás de cada suceso natural), Cavour habría recibido el supremo malleto de la renacida Masonería italiana. Ya que —precisamente a causa de su repentina desaparición (6 de junio de 1861) como consecuencia de una violentísima fiebre gripal que se intentó curar con los métodos criminales de la época (sangrías y más sangrías, hasta el desangramiento y la muerte)—, tal proyecto no tuvo lugar, no sabemos cuál habría sido su respuesta. Lo que sí sabemos con seguridad es que hasta ese momento el masón Napoleón III aún no había reconocido al Reino de Italia, proclamado el 17 de marzo anterior, y que ya había obtenido el reconocimiento de la Confederación Helvética, de los Estados Unidos de América y de Grecia. Descartada la hipótesis de dejar la Gran Maestranza en manos de alguien que, como Cavour, nunca había sido iniciado (como por su parte hizo el Emperador de Francia, que en 1859, elevó a Gran Maestro al mariscal Magnan, hasta ese momento completamente ajeno a la Orden: para aplacar la tormenta suscitada por el príncipe Luciano Murat, masón y candidato a la Gran Maestranza, con un voto a favor de la abolición del poder temporal de los Papas), se la ofrecieron a Costantino Nigra, que ya había sido un estrecho colaborador suyo al igual que el judío Isaac Artom, en aquel momento embajador en París. Éste en un primer momento aceptó y envió a los «Hermanos de Italia» instrucciones sobre la acción a la que estaban llamados: organizar Logias en el Estado Pontificio (en Roma existía una, la *Fabio Massimo*, cuya documentación sin embargo no nos ha llegado) y en las ciudades del Véneto, del Friuli y en el Tirol, o lo que es lo mismo: en las tierras «irredentas». Las Logias se consideraban instrumentos para impulsar la lucha para unificar la «nación italiana» en un Estado que coincidiera con los «confines naturales» de Italia. Era un programa que no tenía nada de iniciático, muy político-militar. Nunca se aclaró qué era o es la nación italiana (los habitantes de Italia son un conglomerado de gentes), ni la necesidad del vínculo entre geografía física (los «confines naturales») e historia. El primero que los ultrajó fue precisamente Cavour que cedió a Napoleón III la zona de Niza, geográficamente italiana.

A propósito del programa de Costantino Nigra, ¿se puede hablar por tanto de un vínculo entre Masonería y política o por el contrario, debemos deducir que, dado el conocimiento superficial de la naturaleza y de las aspiraciones de la Orden, Nigra consideraba al Gran Oriente nada más que como un *instrumentum regni*, uno de los tantos instrumentos para la guerra contra Austria y Pio IX? A finales del siglo XIX, cuando el Gran Maestro Ernesto Nathan le pidió una fotografía para decorar la nueva sede del Gran Oriente con los retratos de sus predecesores, el anciano diplomático negó haber desempeñado el cargo y haber pertenecido a la Orden. Nathan no insistió. En efecto, la Gran Maestranza había sido *ofrecida* y *asumida* por Nigra, pero por carta, es decir, de una forma completamente irregular. El *Dictionnaire* de Ligou recuerda que Nigra se inició en la Logia *Ausonia* de Turín el 4 de febrero de 1860, basándose en la ‘memoria’ de Pietro Buscalioni

titulada *La logia Ausonia y el primer gran oriente de Italia con sede en Turín*. Como con Cavour, también en su caso la *Encyclopédie* dirigida por Saunier evita entrar en la polémica sobre la que escribieron Alessandro Luzio, nosotros mismos hemos añadido algo y ahora ha vuelto a abundar en ello Marco Novarino.

No menos elocuente es el caso de Giuseppe Mazzini (Génova, 1805-Pisa, 1872). En las *Notas Autobiográficas* Mazzini narró su ingreso en la Carbonería y su entusiasta participación en las iniciativas de la «secta» hasta que fue traicionado y arrestado. Comentó, que en la cárcel de Savona, donde lo encerraron, conoció casualmente a otro conspirador, Antonio Passano, y le dijo que disponía de medios para comunicarse con el exterior. Antes de hacerle partícipe de sus secretos, Passano le reconoció apresuradamente «todos los poderes» dándole unos golpes en la cabeza —escribió Mazzini— «para otorgarle no sé qué grado *indispensable* de Masonería». El episodio reforzó la convicción del joven conspirador de que la Carbonería «era un cadáver». En la cárcel, reflexionando sobre la irrelevancia y lo ridículo de los rituales de las sectas, concibió la Joven Italia, que después fundaría en el exilio de Marsella. Con la creación de su asociación Mazzini quiso marcar una distancia insalvable con cualquier otra «secta», incluida la Masonería. Desde su origen ésta había acogido en sus templos a emperadores (Francesco Stefano de Lorena), reyes (Federico II el Grande de Prusia), duques, príncipes..., al igual que burgueses, ya fueran ricos o de modestos recursos, clérigos y agnósticos e incrédulos, militares y profetas de la paz universal... La Masonería representaba la continuidad, la Joven Italia quiso por el contrario abrir una brecha neta entre un antes y un después. Aún así, algunos estudiosos, sobre todo masones y mazzinianos, entre ellos Augusto Comba, siguen sosteniendo la adscripción masónica de Mazzini. El revolucionario genovés decidió excluir a quien tuviera más de cuarenta años de su nueva y revolucionaria asociación. Es suficiente este principio de su sociedad para poner en evidencia la incompatibilidad entre la Joven Italia y la Masonería, entre Mazzini y la institución que declaraba tener a sus espaldas milenios de tradición. Por lo demás, Mazzini jamás se declaró masón. Su relato del encuentro con Passano es muy claro. No fue él quien pidió que se le concediera un grado masónico. Fue Passano el que se lo impuso. ¿Qué validez podemos atribuir a esa iniciación? Mazzini nunca presumió de ella. Sin embargo tiene razón Augusto Comba cuando observa que *quizás* el fundador de la Joven Italia escribiera esa nota autobiográfica como viático a sus relaciones con el naciente Gran Oriente Italiano. ¿Pero qué relaciones fueron esas? Sobre esto no existen dudas. Mazzini siempre se consideró a las órdenes de la misión que se había asignado (o pensó que le había confiado el Ente Supremo, del que se consideró interlocutor privilegiado). Mazzini tuvo una visión eminentemente italo-céntrica de la historia en curso. Si dio vida a la Joven Italia lo hizo porque, una vez fracasados sus primeros e ingenuos intentos revolucionarios, intuyó que la cuestión nacional italiana solo encontraría una solución en el marco general de la aparición de los Estados-Nación. Sin llegar al extremo de afirmar que tuvo una visión instrumental de la independencia de las muchas naciones sin Estado, a menudo su hondo y desesperado mesianismo es lo más alejado que se pueda

imaginar de la antropología masónica, hacia la cual se mostró, de hecho, siempre muy receloso. El *porro unum necessarium* de su misión fue siempre político. Para entenderlo es suficiente comparar sus *Deberes del hombre* con los *Deberes de los hombres* del carbonario y cristiano Silvio Pellico. Mientras el hombre mazziniano toma partido integralmente por la nación (por eso Mazzini fue precursor de Giovanni Gentile y este último pudo considerar que precisamente la República Social de 1943 constituyó la encarnación última del pensamiento mazziniano), para Pellico la «pequeña patria» (la ciudad natal, la región de los antepasados...) comprende la nación y ésta toma partido por Europa, por una unión universal: como en su tiempo sostuvo Joseph de Maistre y después Cesare Balbo.

Por eso, cuando el Supremo Consejo-Gran Oriente con sede en Palermo, de orientación democrática y enfrentado al moderado y monárquico, le ofreció el supremo *mallete*, después de un momento de duda, Mazzini lo rechazó y sugirió que se lo ofrecieran a su fiel Federico Campanella, a través del cual se proponía utilizar esa organización (que contaba con un buen número de Logias bajo su obediencia) en función de sus objetivos políticos, en un periodo en el cual Mazzini no dudaba en promover insurrecciones para crear problemas internacionales al gobierno del reino.

Transitoriamente también el mazziniano, Adriano Lemmi (que no consta que fuera masón, pero disponía de medios) convenció a Campanella para que integrara la Obediencia que él presidía en el Gran Oriente de Italia, y constituir así el pilar maestro de la reciente unificación política, el verdadero «partido de Estado», como ya pude documentar ampliamente en mi *Historia de la Masonería italiana* (1977). En 1892 —cuando no podían existir dudas sobre su lealtad personal y la de la Orden hacia la Corona, que tenía en Francesco Crispi, Giosue Carducci y Domenico Farina los otros puntos de referencia fundamentales—, en el discurso pronunciado en Génova, al comienzo del célebre periplo por los valles masónicos italianos, Lemmi se dirigió a Mazzini, muerto veinte años atrás en Pisa, llamándolo «grandísimo maestro, que reposas en Staglieno...» Muchos Hermanos se sintieron autorizados a pensar que Mazzini había sido iniciado verdaderamente o había tenido un papel, quizá oculto, de inspirador de la Orden. En realidad con ese homenaje Lemmi no hizo nada más que completar la pequeña genialidad política emprendida con la ley de 1890 para levantar el monumento nacional a Mazzini: demostrar que la monarquía no obstaculizaba en absoluto el culto del patriotismo al «apóstol» republicano. La confirmación vino diez años después con la edición suavizada de los *Deberes del hombre* por deseo del ministro de educación, Nuncio Nasi (masón), a condición de que eso también contribuyera a sostener el único Estado posible, el reino de Italia, y después con la edición nacional de las obras de Mazzini (1904).

Con gran honestidad cultural el Gran Maestro Ernesto Nathan declaró después que Mazzini nunca había querido entrar en el Gran Oriente de Italia. Y sin embargo la Orden eligió la fecha de su muerte (10 de marzo) como día en memoria de los hermanos difuntos y promovió un verdadero culto, dando a entender que, también en virtud de los diplomas de pertenencia honoraria que le

enviaron desde distintas Logias (la *Lincoln* de Lodi, la *Stella d'Italia* de Génova...), Mazzini era efectivamente masón. Por eso no asombra que muchos Talleres hayan tomado el nombre como título característico. En *Mil rostros de masones* Giordano Gamberini concluyó el amplio retrato del personaje con una fórmula sibilina: «ningún *contemporáneo* puso nunca en duda la pertenencia de Mazzini a la masonería». Cierto, o casi. Pero ¿a qué conclusión tenían que llegar los historiadores, con los documentos en la mano y con el espíritu crítico necesario? No hay dudas al respecto: «iniciado» sin haber pedido serlo, el *político* Mazzini siempre permaneció ajeno a la Orden y a su espíritu. Superada la identificación históricamente circunscrita y equívoca, entre Orden universal y cuestión nacional, queda excluido que el «golpe» de Passano sobre la cabeza del carbonario haya creado otro grado de la Masonería. Eso puso las bases de una confusión destinada a durar en el tiempo en detrimento de la verdad histórica y de la justa percepción sobre la naturaleza y aspiraciones de la Orden.

El tercer personaje italiano que hay que evocar para verificar la relación entre Masonería y política es Giuseppe Garibaldi (Niza Marittima, 1807 – Isla de Caprera, 1882). De entre los grandes artífices de la unificación nacional, Garibaldi fue el único realmente iniciado en la Francmasonería. Acogido en la logia *Asilo de la virtud* de Montevideo, fue regularizado en la *Amis de la Patrie* (1844) en la obediencia del Gran Oriente de Francia, que en aquella época mantenía relaciones fraternas con la Gran Logia Unida de Inglaterra. Por su formación estuvo más cerca del socialismo utópico de Saint-Simon, defensor del *Nouveau christianisme*, que de Mazzini (con el que nunca coincidió en Marsella), Garibaldi profesó y practicó también una *política* que sólo a partir del centenario de su muerte empezó a ser entendida correctamente desde el plano historiográfico, gracias a los estudios innovadores sobre su juventud de Romano Ugolini y a la publicación de sus escritos inéditos que hasta ese momento habían sido extrañamente olvidados, a pesar de estar conservados en el muy visitado Museo Nacional del *Risorgimento* de Turín. La recuperación de su figura fue posteriormente ratificada con autoridad por Alfonso Scirocco en su biografía de «el héroe de los dos mundos».

Considerado durante demasiado tiempo solo un... *garibaldino*, el nizardo fue un masón auténtico y un político sagaz y visor. Basten, como demostración, algunas citas de su pensamiento. A Giorgio Pallavicino Trivulzio, carbonario y masón, que estuvo prisionero en el Spielberg, el 11 de mayo de 1863, Garibaldi le escribió: «Querido Giorgio: ¿No sabías tú que yo no tengo nada que ver con los partidos sino con Italia y que no puedo estar con quien la arrastra al fango?» El 14 de noviembre de 1871, después de la tragedia de la *Commune* de París, respondiendo a quienes le reprochaban el hecho de no haber acudido en ayuda de los internacionalistas, escribió de nuevo a Pallavicino desde Caprera: «Yo pertenecía a la Internacional cuando servía a las Repúblicas del Río Grande y de Montevideo, es decir mucho antes de que se constituyera en Europa tal sociedad; he declarado públicamente pertenecer a la misma en Francia en la última guerra». Y añadió:

Yo no tolero la Internacional, como no tolero la monarquía, sus veleidades antropófagas. Y del mismo modo que mandaría a la cárcel al señor Sella que lleva estudiando toda la vida el modo de dificultar la subsistencia a los hambrientos para aumentar la lista civil, o hacer engordar a los obispos, yo mandaría también allí a los jefes de la Sociedad en cuestión, cuando estos se obstinan en los preceptos: *Guerra al Capital, la propiedad es un robo, la herencia otro robo, etc.* Yo no tengo ninguna ingerencia en la Internacional, y evidentemente porque saben que yo no apruebo todo su programa, será motivo, para sus jefes, el excluirme. Pero si la Internacional, como yo la entiendo, será una continuación del progreso moral y material de la clase obrera, laboriosa y honesta, conforme a las tendencias humanas de progreso de todos los tiempos, y en especial de los actuales, en conflicto con el sibaritismo de la autocracia, teocracia y la ávida pléyade que la enriquece en sus orgías, yo estaré con la Internacional.

El 20 de febrero de 1872 informó a Celso Ceretti de que había comunicado al masón y racionalista (es decir agnóstico) Luigi Stefanoni que declarase abiertamente que él era republicano pero que refutara su pertenencia a la Internacional. Poco después, el 13 de agosto, escribió de nuevo a Pallavicino:

Aunque rejuvenecida como dicen nuestra Italia me causa el mismo efecto que un viejo barco con el timón podrido. ¿Los carpinteros podrán reparar este podrido timón o habrá que cambiarlo? Yo soy partidario de la segunda solución, en un tiempo seguro, pero indeterminado. Y hoy como en el 60 soy todavía un compañero tuyo en aspirar a lo mejor, sin desistir de aceptar el bien de cualquier parte que provenga. La culpa de todo es del gobierno y nuestro desafortunado país sólo podrá prosperar cuando encuentre uno idóneo (...) Yo no apruebo las huelgas pero temo que terminarán por alterar la sociedad con la casi imposibilidad de resistir la sacudida. Será esta la herencia que dejarán a nuestros hijos los más altos mandatarios que están al timón podrido de la cosa pública.

Fue de nuevo a Pallavicino a quien explicó su visión de la humanidad: «Tú no entiendes mi cosmopolitismo. En la escala humana comienza el Yo, sigue el Ayuntamiento, la Nación y se llega finalmente a la Humanidad. Es por tanto el Cosmopolitismo, el Internacionalismo, la Humanidad, que yo considero sinónimos, la última expresión de la libre sociedad humana». De ahí su claro alejamiento de Mazzini, de quien juzgaba impracticables sus «veleidades». Además había constatado que Mazzini era «hombre que no perdona a quien toca su infalibilidad».

Mazzini y yo somos viejos —concluyó a este respecto—; de conciliación entre él y yo ni hablar: las infalibilidades mueren pero no se doblegan. ¿Conciliarse con Mazzini? Sólo hay un modo posible: obedecerlo, y no me siento capaz. (...) nuestros soldados combatieron por la libertad americana, ofrecieron sus servicios al papa (al papa, me entendéis) cuando este pensó hacer el bien, o al menos lo fingió, militaron junto al ejército de la monarquía, no por esta (ya lo dijimos muchas veces) sino por Italia, lucharon por la Francia republicana, y servirán a Italia junto a vosotros, cuando sea necesario.

De ahí la centralidad de la Masonería: no de una Obediencia en particular, sino de la Masonería en cuanto tal, como explicó en una carta al masón Anton Giulio Barrili el 26 de febrero de 1873:

¿Por qué ahora todas las asociaciones italianas, que tienden al bien, no se hermanan y se ponen por amor de indispensable disciplina, bajo la bandera democrática del *Pacto de Roma*, presidido por el ilustre Campanella? La más antigua y la más venerada de las sociedades democráticas, la Masonería, ¿no dará el ejemplo de agregación al asociacionismo italiano? Las sociedades obreras, internacionales, artesanas, etc. ¿no llevan en sus emblemas la fraternidad universal, igual que la Masonería?

¿Qué significaba para Garibaldi pertenecer a la Orden? Lo dice en muchas de sus declaraciones. El 30 de marzo de 1862 aceptó el cargo de Gran Maestro del Supremo Consejo-Gran Oriente de Palermo (instalado con permisos y reconocimientos de las jurisdicciones escocesas de los Estados Unidos y de Inglaterra) asegurando: «Este nombramiento a Gran Maestro es la interpretación más solemne de mi alma, de mis votos, del fin al que he encaminado toda mi vida. Y yo os aseguro, que gracias a vosotros y con la cooperación de todos nuestros hermanos, la bandera de Italia, que es la de la humanidad, será el faro del que partirá para todo el mundo la luz del verdadero progreso». El 18 de mayo de 1867 declaró:

Como aún no tenemos patria porque no tenemos Roma, del mismo modo no tenemos Masonería, porque estamos divididos. (...) Yo soy del parecer que la unidad Masónica traerá consigo la unidad política de Italia. (...) Que se haga en Masonería esa asociación *Romana* que con vergüenza de tantos esfuerzos no se ha podido obtener todavía en política. Yo considero a los masones una noble parte del pueblo italiano. Ellos deben dejar a un lado las pasiones profanas y con la conciencia de la alta misión que desde la noble Institución Masónica se les ha asignado, creen la *unidad moral* de la Nación. Nosotros no tenemos aún la *unidad moral*; que la haga la Masonería, y la Nación se hará enseguida.

Garibaldi se reafirmó en numerosas ocasiones sobre este concepto. A la Asamblea masónica constituyente de Nápoles le aconsejó «la formación indisoluble de la Asociación Masónica, bajo la patriótica denominación de *Masonería italiana*».

Guerrillero y general del Reino de Cerdeña cuando era necesario combatir, Garibaldi invocó también la paz universal perpetua, fundada en la creación, en su Niza natal, de un areópago internacional para la solución, obligatoriamente pactada, de las disputas entre los Estados, anticipando de este modo en treinta años la creación de la Corte Internacional de la Haya, en medio siglo la Sociedad de las Naciones y en ochenta la Organización de las Naciones Unidas: instituciones todas ellas impregnadas de espíritu masónico. Sobre el horizonte destacó su gran sueño:

Existen en el Mundo varias Unidades que, según las aspiraciones generales del progreso, deberían culminar finalmente en una Unidad Mundial. (...) Evidentemente se necesitarán siglos para alcanzar el noble fin pero es verdad también que si los Caldeos, lanzando una mirada al espacio, no hubieran empezado a investigar los movimientos y las leyes admirables que rigen las eternas estrellas, los astrónomos actuales quizás no se hubieran internado en los caminos del infinito.

Garibaldi afrontó a su manera una vieja dificultad de la Masonería. En 1867 inició en la logia a la maestra y «queridísima hermana Luigia Candia». Lo mismo hizo con su hija, Teresita, y con otras italianas que se preguntaban por qué tenían que ser excluidas de los templos masónicos cuando por el contrario se les pedía su participación activa en la renovación cívica de la sociedad italiana, en el ámbito de la fraternidad europea y universal.

Por tanto Garibaldi ofreció un ejemplo de rara eficacia del *nexo posible* entre Masonería y política, precisamente porque no reduce la política a enfrentamiento de partidos, sino que la identifica con el civismo humano y con el progreso de los puntos fundamentales de la Orden: libertad, tolerancia, educación. Para Garibaldi la *política* es inseparable del progreso cívico. En vez de dividir en fracciones opuestas, incitar al odio en nombre de ideologías que no son más que religiones infantiles o encubren el apetito de poder, la política es *humanismo*. Por tanto, si lo pensamos bien se puede concluir que Garibaldi fue auténticamente masón. Pero en cuanto fue elegido gran Maestro dimitió. Fue un masón «sin masonería», en un país, como Italia, en el cual, por motivos históricos evidentes, los masones y sus organizaciones se alejaban cada vez más de las Constituciones de Anderson (que casi nadie conocía y que entre el siglo XIX y el XX no se tradujeron) y que comprometieron el nombre propio y el de la Institución en batallas que no tenían nada en común con la Francmasonería. Para algunos y para el mismo gran Oriente en ciertas fases la masonería se convirtió en una variante del Libre Pensamiento, un referente de la lucha contra la monarquía, contra el militarismo y contra la Iglesia católica y la religión misma. Lo genuinamente masónico resultó traicionado en la raíz. Por eso la organización masónica en Italia se dividió y la combatieron todas las fuerzas políticas organizadas en el país: los católicos, los socialistas, los nacionalistas, los fascistas e incluso los liberales que, como el filósofo e historiador Benedetto Croce, la calificaron como «una cultura excelente para tenderos y maestros de primaria», mientras Luigi Einaudi declaró no haber conocido jamás nada más *camorristico* que la masonería. Con estos precedentes, después del fascismo, en Italia la masonería no consiguió afianzarse en la opinión pública y en la vida cultural.

5. ¿VOLVER A LAS CONSTITUCIONES DE ANDERSON?

Para decir si ha existido, si existe o debe existir un vínculo entre masonería y política es necesario preguntarse por dos cuestiones: qué es masonería y qué es

política. Se hace inevitable remontarse a los orígenes de la masonería moderna y especulativa.

Las *charges of free-mason* recogidas de los antiguos archivos de Logias de Ultramar, de Inglaterra, Escocia e Irlanda, para uso de las Logias de Londres, que se leían en la iniciación de nuevos hermanos o cuando el maestro lo ordenara, conocidas también como «Constituciones de Anderson» (1722, publicados en 1723) *aparentemente* no dejan dudas sobre la conducta que debe seguir un masón: «Un masón está obligado, por su compromiso, a obedecer a la ley moral y, si ha comprendido correctamente el Arte, nunca será un ateo estúpido ni un libertino irreligioso...». Sin embargo sabemos bien que las Logias han acogido también a ateos declarados (como fue el caso de Proudhon). Y sabemos que para muchos masones el «libre pensamiento» sólo es verdaderamente tal si se funda en la negación de la existencia del Dios Persona e incluso del Ente Supremo (Gran Arquitecto del Universo), es decir, si se convierte a su vez en dogma intangible.

«El Masón —afirman las citadas *charges*— es un súbdito pacífico en su relación con los poderes civiles y allá donde resida o trabaje nunca deberá inmiscuirse en cualquier complot ni en conspiraciones contra la paz y el bienestar de la nación, ni faltar a sus deberes con los magistrados inferiores; ya que, desde el momento en que la masonería siempre ha sufrido a causa de la guerra, del derramamiento de sangre y del desorden, la consecuencia es que los reyes y los príncipes siempre han estado muy dispuestos a apoyar a los artesanos a causa del carácter pacífico y la lealtad de su corporación... Por eso, si un hermano se rebela contra el Estado, no debe ser apoyado en su rebelión a pesar de la piedad que pueda inspirar como hombre desafortunado; y si no resulta culpable de otro crimen, la leal Fraternidad tiene el deber de desautorizar su rebelión y de no alimentar sombra alguna ni motivo de desconfianza política en el gobierno existente; éstos (es decir los hermanos NdA) no pueden expulsarlo de la Logia y su relación con ella permanece “inmutable”».

Hay que recordar finalmente que las *charges* impusieron que en la Logia no se debía introducir ningún contencioso privado y sobre todo ninguna disputa sobre la religión, las naciones o sobre la política del Estado, ya que los masones son, en cuanto tales, no solo «de la religión universal susodicha, sino que también son de todas las naciones, lenguas, vínculos y expresiones», y son «decididamente contrarios» a «all Politics» (luchas de partidos), desde el momento en que éstas nunca han contribuido y no pueden contribuir a su bienestar. «Esta obligación —prosiguen las Constituciones de Anderson— siempre ha sido impuesta y respetada, pero especialmente después de la reforma en Gran Bretaña, dada la separación y la división de estas naciones de la comunión con Roma».

Aún así hay que tener presente que la prohibición de introducir en los *trabajos rituales* temas que afectan al Estado o a la religión, en cuanto son causa de disputas y de enfrentamientos, es a su vez una fuerte elección política y religiosa. Desde este punto de vista las Constituciones de Anderson no plantean en absoluto una Masonería «inocente», ingenua, ajena al curso de la historia. Precisamente porque conoce la vanidad de esa clase de conflictos, los excluye del templo. Esto

último, sin embargo, no es todo en la vida de la Orden, hecha de «pasos perdidos», ágapes fraternos, relaciones humanas, proyectos, utopías... La exclusión de una cierta «política» (la división en partidos enfrentados en formas fatalmente obtusas, feroces, degradantes...), en otras palabras, es *una* política, es más, es *la* política de la Orden.

6. LA ARBITRARIA IDENTIFICACIÓN DE LA MASONERÍA COMO «RELIGIÓN DE LOS MODERNOS»: UNA VISIÓN ACTUALIZADA DEL MITO MASONERÍA = REVOLUCIÓN

Recientemente alguien ha afirmado que la masonería sería la «religión de los modernos». De este modo la Francmasonería se considera artífice de las «grandes revoluciones» desde el siglo XIX en adelante, porque sólo con la masonería (es decir, la Ilustración) los hombres decidieron que el curso de la historia no dependiese de Dios o del Hado, sino de sus acciones. Es un principio antiguo. Aparece repetidamente en todos los libros sapienciales y en las máximas de Catón el Viejo, que afirmó con decisión: «Todo hombre es artífice de su suerte». Al contrario de lo que sostiene el masonólogo Charles Porset, la masonería no se remonta al inicio del siglo XVIII. No es verdad que hasta la Ilustración los hombres consideraran que su suerte estuviera en manos del Destino. En el año 44 a. C. Casio hizo participar a Bruto en la conjura con el objetivo de asesinar a Cayo Julio César, que lo había adoptado como a un hijo. Sin esperar al siglo de las Luces, esos hombres conspiraron contra otros hombres, contra el poder constituido. Decidieron asumir el curso de la historia y actuaron, arriesgando sus vidas. Pero es historia muy antigua. Los hombres no esperaron a la llegada del «iluminismo francés», ni al espectro de Voltaire para decidir qué hacer con sus vidas. Ante estas ingenuidades tenemos la tentación de recordar que, según la narración de la Biblia, Caín no era un ilustrado y sin embargo decidió por sí mismo poner fin a la vida de Abel. No sólo no respetó la voluntad de Dios, sino que la desafió.

Dejando aparte el mundo bizantino, que registró una serie interminable de conjuras, complots, delitos atroces, como cualquier otro imperio o reino en el curso de la historia, nos limitamos aquí a recordar que los términos conjura, conspiración, complot, —perfectamente intercambiables— no nacen en el siglo XVIII. El Renacimiento italiano, que tuvo como intérpretes supremos a Nicolás Maquiavelo y a Francesco Guicciardini, cuenta con decenas de ellas, hasta llegar a la célebre «conjura de los Pazzi» que en Florencia culminó con el asesinato de Giuliano de Medici durante una misa, la huida de Lorenzo por la sacristía y su posterior y despiadada venganza, incluido el ahorcamiento de un obispo que militaba en el bando rival al de los Medici. ¿Y qué fue la noche de San Bartolomé en París sino el paso obligado —en forma de conjura y matanza— de un pulso que duraba desde hacía decenios entre católicos y reformados, ambos arraigados en sectores socio-económicos muy bien determinados de la sociedad francesa y que se apoyaban en diferentes concepciones de la soberanía? Pensándolo bien, el énfasis puesto en la Revolución Francesa de 1789 como «madre de todos los

complots», propuesta por una ya larga tradición historiográfica que va de Bernard Fay a Augustin Cochin y reaparece en escritores recientes, no es más que un aspecto consustancial en la concepción francocéntrica de la historia contemporánea y constituye un inexplicable e inaceptable retroceso en la reconstrucción crítica de la «Gran Revolución» que ha llevado a cabo valientemente la historiografía en los últimos decenios.

Por otro lado, desde hace casi dos siglos las mentes más lúcidas tienen claro que en la Francia de 1776-1814 no tuvo lugar en absoluto *la* o *una* revolución, sino que se enfrentaron, entrelazaron y sucedieron distintas corrientes, con objetivos a veces inconciliablemente enfrentados. No hubo *una* Revolución. Como en cualquier otra época, pero con una aceleración repentina, esos años fueron el resultado final, la discusión y metamorfosis de una serie de filosofías de la historia. A pesar de lo que sostiene la interpretación francocéntrica de la historia, entre los siglos XVIII y XIX Francia fue una escuela de literatos, sociólogos, artistas y *philosophes*, pero no produjo ningún verdadero filósofo. La tierra de la filosofía era Alemania y lo sería cada vez más. Sobre esta... distracción del Espíritu Universal deberían reflexionar los historiadores de la masonería. La época del Terror —la única dominada por la política como «religión de los modernos»— afortunadamente duró poco. Terminó con el golpe de Estado de Termidor: con Robespierre expulsado del poder, herido en el rostro por un pistoletazo, tendido en una mesa y guillotinado al día siguiente no sin antes sufrir un doloroso tirón cuando le quitaron la venda que le cubría la herida. El Terror terminó con la eliminación de Saint-Just, Collot d'Herbois y otros fanáticos y, más tarde, con la ejecución de Caio Gracco Babeuf, inspirador de la «conspiración (no *complot* NdA) de los iguales», como admitió su compañero de armas y primer intérprete de aquel drama, Filippo Buonarroti.

La Masonería había sido víctima del terror. Nunca fue ni partidaria ni cómplice. Muchos masones (incluso en la Vendée) fueron masacrados por los jacobinos. No sabemos qué juicio habría expresado el aristocrático Voltaire hacia el populacho que llevaba en la pica la cabeza decapitada de la princesa de Lamballe para aterrorizar a María Antonieta, destinada a su vez a la guillotina, después del rey Luis XVI. Lo que sí sabemos es qué pensaron y escribieron masones ilustres, como Vittorio Alfieri, Joseph de Maistre y Edmund Burke. Quien aún pretenda señalar a la Francmasonería como la fábrica del *complot*, de la que habría brotado la Revolución entendida como gestación y ascenso de la República y germen de su «exportación» a Europa y a las Américas, en realidad no habla en absoluto de masonería (ni universal ni francesa), sino de sectas, que en algunas ocasiones contaron en sus filas con antiguos iniciados pero sin que estos fueran expresión única y última. La pretendida identidad de masonería y revolución y, más aún, de Francmasonería y *complot terrorista* y, en definitiva, de logias y *esa* política (el Terror y el terrorismo) sólo puede satisfacer a «revolucionarios de escritorio o biblioteca» pero carece de los más elementales fundamentos históricos.

El famoso ensayo de Francois Lefranc, *Il velo alzato pe' curiosi ossia il segreto della rivoluzione di Francia manifestado col mezzo della setta de' liberi muratori* (1792) no habla de *complot* masónico sino de la participación de la masonería en la lucha contra el trono y el altar. En las *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*, Augustin Barruel fue aún más explícito. Reconoció con franqueza que la mayor parte de los masones (él mismo lo había sido) nunca habían tenido como finalidad el Terror y nunca habrían imaginado que las masacres ordenadas por la Convención republicana habrían sido el resultado final de una Orden volcada en la difusión de los principios de tolerancia y fraternidad. Al contrario, según Barruel el Terror fue la meta de un proyecto urdido en las *arrières loges*: reuniones secretas desconocidas para la mayor parte de los masones. Además, él escribió y publicó en Gran Bretaña, donde la Gran Logia Unida de Inglaterra no manifestaba ninguna simpatía por la revolución (ni siquiera Barruel usa el término de *complot*). Cuando también a Francia volvió la calma (y la Orden del Gran Arquitecto del Universo recobró su papel), Barruel regresó y siguió estudiando y publicando sin obstáculos. Es más, Napoleón «de todos los Ritos» le asignó una pingüe pensión confirmando la compatibilidad entre Francmasonería y libertad: que es el verdadero punto sobre el que es necesario reflexionar cuando se busca el vínculo entre masonería y política.

Cualquier otra interpretación implica, por ejemplo, olvidar que mucho antes que la francesa ya había tenido lugar otra revolución. Y esa sí había estado bajo la guía masónica y con un resultado totalmente diferente, el nacimiento de los Estados Unidos de América. No se puede olvidar que, después del Termidor y del Directorio, vinieron la época del Consulado y después el Imperio: periodo breve pero decisivo, durante el cual la masonería se identificó con el Estado, con el lema de la restauración del orden social (ya no con el del jacobinismo) fundado en el *Code Napoléon* y en el concordato entre Estado e Iglesia.

Hace quince años Giuseppe Giarrizzo sostuvo con convicción la identidad-continuidad entre logias masónicas y clubes revolucionarios en el origen de la República Napolitana de 1799 y describió el así llamado «modelo marsellés» que en su opinión habían adoptado los masones del reino de Nápoles: transformar las logias en círculos revolucionarios, decididos a asumir el poder y a derrocar al soberano, sustituyéndolo con la república y dispuestos a dirigir los cañones contra la ciudad para mantenerla firmemente bajo control. Con el terror, precisamente. Sin embargo, Giarrizzo no explica cómo y por qué masones de una logia *inglesa* habían emprendido el camino del terrorismo político. El 1794 no engloba necesariamente en sí el 1798-99. Quien en 1794 decidió que el rey de Nápoles, Ferdinando IV de Borbón era ya un deshecho del *ancien régime* no seguía, inevitablemente, el modelo de la Convención republicana. Estaba Gran Bretaña. Otra consideración se impone. Justamente la transformación de las logias en clubes muestra que por sí misma la Francmasonería no era una «pieza instrumental» de la revolución. Demuestra más bien que el giro revolucionario *de una parte* de los afiliados trajo consigo la instalación de estructuras diferentes de las originarias, resistentes a la instrumentalización. No se debe olvidar que *La lira focense*, la

colección de versos en la que el abad calabrés Antonio Jerocades cantó las aspiraciones de los masones hacia la fraternidad, la solidaridad y la modernidad, era tan poco antitética con el orden gubernamental como para ser publicada de nuevo en Milán en 1809, en pleno reino de Italia.

7. LA MASONERÍA Y LAS NACIONES: ¿MOVIMIENTO LIBERTARIO O DERIVA TOTALITARIA?

El vínculo entre Masonería y política cuenta con otros tres campos de análisis: la aparición de los Estados nacionales entre los siglos XIX y XX, la Gran Guerra (que dio lugar a la nueva guerra de los treinta años, 1914-1945, que desembocó en la Guerra Fría planetaria hasta 1990 y aún no concluida, aunque solo sea porque faltan tratados de paz claros y reconocibles) y la «globalización» actual.

En cada uno de estos procesos se ha querido adivinar la *longa manus* de las logias.

La Francmasonería no fue ajena a la aparición de los Estados nacionales en Europa. Es más, desempeñó un papel relevante. Sin embargo, participó sólo porque los Estados constituyeron un factor de liberación y de progreso civil. Su aparición respondió a la razón de ser de la Masonería: promover la educación del hombre y el hermanamiento de los pueblos en el ámbito de una humanidad común, por encima de las diversidades (de etnia, lengua, confesión religiosa...) que los llevaron a sentirse enemigos y los empujaron a conflictos irracionales y desastrosos: a *destruir*, es decir, a conductas totalmente opuestas a los fines de la Orden de los *Structores*, que es como los masones se llaman en los antiguos estatutos y en los símbolos. Sin embargo, por la heterogenia de los fines que se impuso a la reflexión filosófica del siglo XIX, la aparición de los Estados nacionales trajo consigo *por todos lados* comportamientos completamente contrarios a las constituciones masónicas y a los principios que inspiraban la Francmasonería. Cada nuevo Estado, como ya había sucedido con los que se formaron en los siglos precedentes, se basó en una etnia o en el mito de una unidad nacional en perjuicio de los pueblos, de la gente o de las minorías étnico-lingüísticas que estaban dentro de sus límites. Esto ocurrió incluso en Estados con límites geográficos claros. Fue el caso de Italia, cuyo *limes* es la vertiente alpina y que abraza las islas grandes y las pequeñas que sobresalen de la península. Sin embargo, las razones de la geografía no se correspondían con las de la historia. De hecho, dentro de esos límites se hallaban francófonos, germanófonos, grupos de lengua eslava, albaneses, occitanos o provenzales... y los muchos dialectos del pasado literario glorioso (siciliano, véneto, piamontés...). A pesar de estar cargado de contrastes, el caso de Italia fue el menos traumático de todos, precisamente por lo evidente de sus límites geográficos, que redujeron a entidades irrelevantes las minorías étnico-lingüísticas. El apoyo entusiasta de valdeses y hebreos (incluso no israelitas y secularizados) al Estado unitario, garante de la paridad de los derechos civiles y políticos con independencia del culto profesado, contribuyó a silenciar otras realidades no menos enraizadas que difícilmente casaban con la italoentricidad

‘romana’ codificada por Giosue Carducci y por sus émulos. Mucho más dramáticas fueron las consecuencias de la aparición de los Estados, sobre todo en espacios en donde las demarcaciones eran menos nítidas y que durante siglos habían tenido la presencia de pueblos diferentes: Polonia, Rumanía, Bulgaria, Bohemia, Eslovaquia, por no hablar de los Balcanes y del Báltico. El papel que realmente desarrollaron las organizaciones masónicas en la aparición de la mayor parte de los Estados que ahora forman la Unión Europea está aún por escribir. A falta de una historia compartida, el vínculo, tantas veces afirmado, entre Masonería y política permanece oscuro.

Por ahora se puede afirmar que la Francmasonería no tuvo en su programa la deriva de los Estados nacionales hacia el nacionalismo, del que procedieron las tensiones que al principio se pudieron exorcizar con la expansión colonial y después desembocaron en la conflagración europea de 1914. Es más, esta última —como cualquier recurso a las armas en sustitución de la serena confrontación entre civilizaciones, religiones, filosofías...—, *fue la negación del espíritu masónico*. A pesar de que no tenían en el programa la génesis del nacionalismo, algunas Obediencias masónicas tuvieron sin embargo importantes responsabilidades en su nacimiento.

Este es realmente un terreno minado, pero hay que afrontarlo.

8. ASCENSO Y DECLIVE DEL UNIVERSALISMO MASÓNICO

Entre los siglos XIX y XX Europa, el área del planeta más impregnada del pensamiento masónico, realizó un esfuerzo gigantesco por establecer la paz y la cooperación en la diversidad. Baste recordar, a este respecto, las grandes exposiciones internacionales (en una época ya marcada por la institucionalización del progreso científico, y sobre todo el que se refiere a su alcance bélico), la difusión de lenguas universales (el *esperanto* fue solo la más conocida y duradera antes de la llegada del «americano» como interlengua de uso), la recuperación de las Olimpiadas y el eco concedido a los Premios Nobel para la ciencia (física, química, medicina), la literatura y, especialmente emblemática, la paz. Estas y otras realidades (las ligas para el obligado arbitraje en los conflictos entre Estados, los congresos científicos internacionales, a menudo coincidiendo con Exposiciones Universales, la sanción de convenciones y acuerdos supranacionales: por ejemplo en las comunicaciones postales, en la prevención contra las epidemias, en la organización del trabajo, el nacimiento de la Federación internacional estudiantil «Corda Fratres»... e incluso la colaboración entre policías de distintos países). ¿Con cuántos «obreros» o «masones» pueden contar? En Italia contaban con pocos miles.

Las transformaciones en curso tuvieron un ritmo tan rápido que se les escapaba de las manos tanto a los gobiernos como a todos los que habían favorecido su génesis. No fue la primera vez en que, por una elemental ley de la física, la aceleración imprime al cambio tal cantidad que la convierte en imparable. De ahí que nazca un proceso que puede conducir, como condujo, al drástico paso de la

racionalidad al irracionalismo, de la concepción (positiva) en la capacidad del hombre de ser artífice de su propia suerte, al fatalismo, al *existencialismo*, al triunfo del «no sentido» en todos los campos.

Antes de acusar a la masonería como responsable de tal catástrofe es necesario verificar no sólo la consistencia numérica sino sobre todo los programas y la capacidad para llevarlos a la práctica. El caso de Italia puede servir como ejemplo. Hasta principios del siglo XX en un Estado que había llegado a la unidad cuarenta años antes, la Masonería contaba con alrededor de dos mil afiliados sobre cuatro o cinco mil declarados. Hacia finales del periodo de la Gran Maestranza de Nathan y después con Ettore Ferrari (que llegaba de una asociación conspiradora, cuya historia antes o después narraré y que le impidió ser inspirador del proyecto liberal-democrático que recientemente se le ha atribuido) los masones iniciados anualmente pasaron rápidamente de trescientos o cuatrocientos a varios miles, rozando la cifra de cuatro mil al año. ¿Quién se encargó de su formación? En vez de centros de educación, las logias se convirtieron en teatro del antagonismo, cada vez más duro, del bagaje ideológico que los nuevos iniciados traían. Dejaron de ser lugares donde pulir la piedra y a veces se degradaron al terreno del enfrentamiento entre métodos y expectativas distanciadas. Allí empezó la política y murió la Francmasonería.

9. EL MITO DE LA «REPUBLICANIZACIÓN» MASÓNICA DE EUROPA

En *Requiem per un impero difunto*, Francois Fejto ha afirmado que la Gran Guerra del 1914-18 respondió al objetivo del Gran Oriente de Francia de «republicanizar Europa». La caída de cuatro imperios (ruso, austro-húngaro, germánico, turco-otomano) y la irrupción de los Estados Unidos de América en Europa habría debido mostrar la verdad del lema *Orbo ab Chao*. Esta interpretación es sugestiva. Sin embargo tiende a someter los hechos a su valoración. En efecto, no consta que la Gran Logia Unida de Inglaterra y las que estaban relacionadas con ella, desde los Países Bajos a Suiza (Estados que permanecieron neutrales durante ese conflicto), la de Grecia y el mismo Gran Oriente de Italia, en esa época en fraternales relaciones con Londres (aunque sin intercambio de hombres que garantizaran la amistad) se hayan dedicado a «republicanizar» sus respectivos países. Lo que sí es verdad —y Fejto es consciente— es que la Gran Guerra originó un cambio causado por el malentendido propósito de privar de la identidad originaria a pueblos como los húngaros, que terminaron bajo el talón del comunismo de Bela Kun y se refugiaron después bajo la protección del «almirante sin flota» Horthy mientras los alemanes, obligados a renunciar al *Kaiser* Guillermo II, exiliado en Holanda, en un principio hicieron presidente al mariscal Hindenburg y después a Hitler como Canciller y *fürher*.

Finalmente Fejto no se da cuenta del esfuerzo que, ya desde 1917, realizó la Masonería de los países de la Alianza y neutrales (al principio con la exclusión de Gran Bretaña y los Países Bajos) por asentar las bases de un orden más racional,

no solo en Europa, con la futura Sociedad de las Naciones (SdN), en la que se encauzaron las ya mencionadas esperanzas de principios del siglo XX. Lo mismo vale para los primeros proyectos de los Estados Unidos de Europa, unas veces como alternativa al mundialismo de la Sociedad de Naciones (después frustrado por la no adhesión de los EE.UU.), otras veces ideados como su complemento de más inmediata actuación (como en Italia llevaron a cabo Luigi Einaudi, Giovanni Agnelli y Atilio Cabiati).

A pesar de que finalmente resultó decepcionante, la Sociedad de Naciones constituyó una manifestación fuerte del espíritu *político* de la Masonería: el intento de acelerar la educación (antiguo propósito de los «hermanos» Lessing y Fichte, Krause y Pestalozzi...), utilizando el impulso del Estado, coordinado en una visión superior de los intereses generales, incluidos los de los dominios coloniales y sus poblaciones.

Ese proyecto se retomó en la conferencia de San Francisco que, en abril de 1945, con la Segunda Guerra Mundial todavía sin acabar, puso las bases de la ONU y de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, después recogida en varios niveles «locales» (por ejemplo en la naciente Comunidad Europea), bajo la bandera de la posibilidad de conciliar la coordinación planetaria de los recursos y su destino (en beneficio de las libertades y del progreso socio-económico) y del reconocimiento de las identidades nacionales y/o regionales.

La masonería —o, si se prefiere, las distintas Obediencias masónicas— no tiene ningún motivo para ocultar el papel determinante que ha desarrollado al dar vida al proceso de globalización. Si este tomara verdaderamente cuerpo, no solo en esa forma tan banal que es la globalización del mercado, sino en la coexistencia de culturas, civilizaciones, religiones, costumbres, lenguas ..., la Francmasonería podría considerar que ha llevado a cabo su programa originario: necesariamente político, ya que es una institución humanista, formada por *hombres* y *mujeres* que, lo sabemos ya desde Aristóteles, son «animales políticos», un tiempo destinados a realizarse en la micro-dimensión de la ciudad-Estado de unos cinco mil habitantes, como la había imaginado Platón, y que hoy deben hacerlo en la macro-realidad de los siete mil millones del planeta.

10. CONCLUSIONES

A lo largo de casi doscientos noventa años desde la institución de la Gran Logia de Londres, el 24 de junio de 1717, la Masonería ha cometido innumerables errores y ha malgastado enormes cantidades de energías en enfrentamientos entre distintas Obediencias dentro de cada país y entre Estados distintos. Apenas tiene tres siglos de vida. Menos que la Iglesia de Cristo antes del Concilio de Nicea. La Francmasonería tiene todavía ante sí muchos siglos de posibles errores. Quien conoce la historia lo sabe y no debe escondérselo. Es también la única manera de subrayar la distancia entre la realidad y los fines originariamente declarados. Al mismo tiempo el observador objetivo, no condicionado

por el sentimiento antimasónico que se puso de manifiesto ya desde el *Antimasonic leaflet* de 1698 (por lo tanto, veinte años antes del nacimiento de la Gran Logia) debe admitir que sin la Francmasonería la historia de los siglos recientes contendría un número de páginas negras mucho más numeroso de las que registra.

Precisamente porque dentro de sus templos la masonería enseñó a distinguir entre *política*, faro de la humanidad, y luchas de partido o supersticiones. En su origen la masonería se asignó como finalidad la educación de los hombres: una misión que se realiza a través de los siglos, lentamente, persona a persona, en la relación entre padres e hijos, en las aulas de las escuelas, en los círculos de pensamiento, lejos del bullicio de la «Ciudad». Después, en algunos países, en determinados periodos, algunas organizaciones masónicas y algunos protagonistas políticos iniciados en la logia pero a veces sin ninguna formación masónica, se encaminaron por el atajo de la lucha de partido y se atribuyeron una *misión*, que había que realizar ya no con la palabra sino con las armas, no con el voto en las elecciones (ballots) sino con las balas (bullets). ¿Qué queda de la masonería como escuela de tolerancia, como «centro de unión»? ¿Todavía era masonería? Ciertamente lo que ha sucedido no se puede borrar. Y esto es así tanto para la masonería como para cada ideología, para las iglesias, las formas de Estado, las escuelas políticas. La nación en su origen es una fuerza de liberación, después se convierte en la justificación del atropello de las minorías. Inicialmente reivindica las particularidades, después crea el mito de la identidad, arma cada pueblo contra los otros y autoriza la aniquilación de la discrepancia interna. Todo esto ha formado parte —y forma parte— de la historia. Debemos investigarlo para explicar cómo ha sucedido. Estudiarlo no significa sin embargo darlo por bueno, ni decir que los hechos que han sucedido son necesariamente los mejores, la única evolución posible de la *Idea*.

Hegel ha hecho su tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

La *Bibliografia dell'età del Risorgimento, 1970-2001*. Florencia: Olschki, noviembre 2003, vol. 3) demuestra el retraso de los estudios sobre masonería italiana en los últimos veinticinco años de siglo desde el *affaire P2*. En efecto, en esa obra, a diferencia de lo que en su tiempo presagió Alberto Aquarone, la masonería no figura nunca como título de un capítulo independiente, ni siquiera de un párrafo. Permanece como un sujeto irrelevante en la historia de Italia desde el siglo XVIII hasta la terminación de la *Grande Guerra*. Demasiado poco: está superada incluso respecto a la *Enciclopedia italiana* que ya desde la edición dirigida por Giovanni Gentile dedicó a la masonería un actualizado artículo de Alberto M. Ghisalberti.

Los primeros intentos de reunir los estudios actuales con la lección metodológica de Alessandro LUZIO, Renato SORIGA y Pericle MARUZZI (de los que son ejemplares *Opere per una biblioteca massonica. Suggestimenti bibliografici*. Roma: Tip. del Senato, 1921, y *Inizii e sviluppo della Francmasoneria moderna in Europa*. Roma: Latomia, 1957: para sus obras consultar E. SIMONI, *Bibliografia della Massoneria in Italia*. Foggia: Bastogi, 1992; Id., *Appendice di aggiornamento (dicembre 1997)*, ibid., 1998, y

Bibliografia della M. in Italia, vol. II, *Indici sistematici delle riviste massoniche del dopoguerra*, ibid., 1993: los dos últimos con prefacio de A. A. Mola) se remontan a Giordano Gamberini, que llamó la atención sobre la correcta demarcación de los límites entre historiografía y apologética, inaugurando la colección del Grande Oriente de Italia con *La Massoneria tradizionale nel nostro tempo* de Jean BAYLOT (Roma: Erasmo, 1973), autor de *La voie substituée* (Liegi: Borp, 1968).

Era necesario superar las leyendas, las apresuradas (calculadas o no) atribuciones de haber sido masones a figuras del pasado (como hace M. PACELLI, *Interno Montecitorio*. Milán: Angeli, 2000, donde se da como segura la iniciación de Giovanni Giolitti; mientras G. TUCCI, *Massoni italiani nella filatelia*. Florencia: Istituto Lino Salvini, 2005, repite que lo fueron Camillo Cavour y Goffredo Mameli, sin ningún documento que lo pruebe) para reflexionar también sobre el presente de la Institución (como ha intentado Massimo della Campa, *Luce sul Grande Oriente. Due secoli di massoneria in Italia*. Milán: Sperling & Kupfer, 2005: pero esfuerzos en tal sentido vinieron de Natale Mario DI LUCA, *La Massoneria: storia, miti e riti*. Roma: Atanor, 2000; Luigi PRUNETI, *La sinagoga di Satana. Storia dell'antimassonismo, 1725-2002*. Bari: Ed. Giuseppe Laterza, 2002).

El montaje de exposiciones documentales y congresos (acompañados de la tempestiva publicación de las Actas) con conferenciantes de distintas o ninguna adscripción masónica, así como la organización de Institutos y Centros para la historia de la masonería, no se materializaron en un cambio científico suficiente como para que los estudiosos se comprometieran a hacer las cuentas con los estudios sobre masonería. Por esta razón el papel de la masonería permanece al margen de los frutos de la investigación de los estudiosos como Guido VERUCCI (*L'Italia laica prima e dopo l'Unità, 1848-1876*. Bari: Laterza, 1981, 1996: Id., *Cattolicesimo e laicismo nell'Italia contemporanea*. Milán: Angeli, 2001), Annalucia FORTI MESSINA (cuya biografía de *Malachia De Cristoforis: Un medico democratico nell'Italia liberale*. Milán: Angeli, 2003, ignora casi completamente su papel de fundador del Grande Oriente Italiano, en 1898, en conflicto con el Gran Oriente de Italia), mientras es inútil buscar referencias a la Francmasonería en los ensayos recogidos en *Nazioni, nazionalità, stati nazionali nell'Ottocento europeo*. Actas del XLI congreso de Storia del Risorgimento italiano, Turín, 9-13 octubre de 2002, edición de U. Levra, Turín, 2004).

Esta última constatación debe hacer reflexionar a todos aquellos que creen favorecer el reconocimiento del papel de la masonería en la historia de Italia proponiendo una lista de tópicos. Por eso sucede que las aportaciones más innovadoras provienen de estudiosos que trabajan en los márgenes de los estudios sobre masonología «militante». Es el caso de Maria Augusta MORELLI TIMPANARO (a la que se deben excelentes trabajos sobre Tommaso Crudeli) y VITTORIA FEOLA (que en *Origini e sviluppi della Massoneria in età moderna*. Prefacio de R. F. Esposito, Foggia: Bastogi, 1999, ha obtenido los frutos de la lección de David Stevenson, *Les origines de la Franc-M. Le siècle écossais, 1590-1710*. París: Têlètes, 1993).

Por lo que se refiere a las relaciones entre Masonería y política no tenemos en Italia nada que se pueda comparar al ensayo de Maria Dolores GÓMEZ MOLLEDA, *La masonería en la crisis española del siglo XX*. Madrid: Ed. Universitas, 1998, o a Jean-André Faucher, *Les francs-maçons et le pouvoir. Vérités et Légendes*. París: Parrin, 1986, y a los muchos trabajos llevados a cabo en España por J. A. Ferrer Benimeli y por estudiosos del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española.

Distraído por otras vertientes temáticas de sus investigaciones, también quien escribe ha aportado contribuciones esporádicas a la actualización de los estudios sobre la masonería

italiana, que ha registrado en los últimos años la publicación de obras de Giuseppe Giarrizzo, Vincenzo Ferrone, Fulvio Conti, Luigi Polo Friz, Marco Novarino, Anna Maria Isastia, Ferdinando Cordova, Santi Fedele, Gian M. Cazzaniga y otros, pero carece aún de *una obra de síntesis* (algo distinto de los habituales volúmenes a varias manos). Por eso sucede que en la obra científicamente más prestigiosa sobre *Les Hauts Grades du rite écossais et la régularité maçonnique*. De René CONSTANT (prefacio de Hervé Hasquin, ULB: Bruselas, 1990), la «lista de los Supremos consejos regulares en orden cronológico de su reconocimiento» salte completamente el Supremo Consejo Escocés para Italia surgido en París el 16 de marzo de 1805 y se haga alusión genéricamente a un Supremo Consejo de Italia entre 1862 y 1960.